

especialmente en tiempo de verano, manifestando que en compensación de este servicio el Ayuntamiento no tiene inconveniente en cederle a la empresa un trozo de terreno de la vía pública, a la entrada de la Estación, por la parte del Paseo, para que se construya en él un salón de descanso y despachos de equipajes y billetes, dependencias que son absolutamente precisas en el sitio indicado, tanto para la empresa como para el público en general, pues donde actualmente se encuentran, están expuestos los viajeros a una desgra-

cia por tener que cruzar todas las vías para ir a aquéllas, con motivo de pasar con frecuencia los trenes por las expresadas vías.

Doy para que des, es una gran norma política de todos los tiempos y de todas las situaciones. Y ahí está la prueba. Con el tiempo se hicieron las taquillas fuera y solo los que tuvimos que sacar billete en la que había más allá del puesto de mando podemos apreciar la diferencia y la utilísima proposición de D. Leoncio.

SUCEDIDOS

Cambio de rumbo

Se casó una y no consiguió hacer buenas migas. Enviudó, se casó y empeoró y todavía repitió de terceras, que fue el acabóse. Se encuentra a una prima del hombre, que le pregunta:

—¿Qué tal, cómo andáis?

—¡Ay!, qué malo es tu primo.

—¿Quién te manda casarte sabiendo lo que es el matrimonio?

—Tienes razón, como se muera tu primo no me caso, me junto.

Metereólogo seguro

Gonzalo, labriego *recalcao* vivía orilla del veterinario, que al ver el cielo cubierto le pregunta si va a llover. Gonzalo se entra en su casa sin contestar y a los tres días amanece lloviendo. Se juntan en la puerta y le dice:

—Manolito, sí.

—¡No te entiendo!

—¿No me preguntaste el otro día que si iba a llover? Pues te digo que sí, que está lloviendo.

Buena mano y buena vista

Y buena la mujer que desde su residencia lejana me cuenta que cuando mi padre salía a la puerta a comprar melones, decían las vecinas:

—Leche; sal y compra, que cuando el hermano Rufao lo hace es que van baratos.

Pudo suceder, porque comprar sabía y como había sido melonero los escogía bien. Si, muy excepcionalmente, le salía alguno de agua, quebrado de color o salobre, se afirmaba diciendo:

—¡Pero hecho está!